

CENTRO CULTURAL DE LA COOPERACIÓN

FLOREAL GORINI

ANUARIO DE INVESTIGACIONES

AÑO 2016

DEPARTAMENTO/ÁREA: ESTUDIOS
POLÍTICOS

AUTOR/A: MARIANA DE GAINZA

TÍTULO DEL TRABAJO: EL GOLPE EN BRASIL, VISTO
DESDE ARGENTINA



Publicación Anual - Nº 7

ISSN: 1853-8452

Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Av. Corrientes 1543 (C1042AAB) - Ciudad de Buenos Aires - [011]-5077-8000 www.centrocultural.coop

Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Anuario de Investigaciones - Año 2016

Directoras/es de la publicación:

Pablo Imen
Paula Aguilar
Marcelo Barrera
Ana Grondona
Natacha Koss
Gabriela Nacht
Julieta Grinspan
Pamela Brownell

Director del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini: Prof. Juan Carlos
Junio

Subdirector: Ing. Horacio López

Director Artístico: Juano Villafañe

Secretario de Formación e Investigaciones: Pablo Imen

Secretario de Comunicaciones: Luis Pablo Giniger

Secretario de Ediciones y Biblioteca: Javier Marín

♥ Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Av. Corrientes 1543 (C1042AAB) - Ciudad de Buenos Aires - [011]-5077-8000 -
www.centrocultural.coop

♥ De los autores

Todos los derechos reservados.
ISSN: 1853-8452

El golpe en Brasil, visto desde Argentina¹

Mariana de Gainza

I.

En medio del vértigo de los acontecimientos que se suceden en Brasil, al ritmo de esa extraña temporalidad instaurada por un “golpe anunciado” (en cuyas señales anticipatorias casi nadie creía) que va desplegando, día a día, sus más profundas y superficiales razones, llega el episodio interno a ese giro político-institucional que nos obliga a comenzar este artículo. Se trata de la aprobación preliminar, por parte de una mayoría holgada de diputados, del llamado “PEC 241”, un proyecto de enmienda constitucional destinado a congelar el gasto público por veinte años. La osadía refundacional del gobierno de Temer se muestra con elocuencia en este hecho que aspira a dejar asentado, con trazo inequívoco (en la “ley fundamental” del país, precisamente), que las fracciones mayoritarias de la clase política brasileña *saben interpretar* que éste es el signo de los tiempos, que éste es el rumbo del mundo, y que la falta de escrúpulos es lo que la hora requiere como muestra de una verdadera voluntad de adecuación. Eso es lo que se les pide a todos los “políticos” desde ese centro del neoliberalismo global que está en todas partes y en ninguna: que entiendan lo que de ellos se espera y actúen en consecuencia. En Sudamérica, esa readecuación se produce *en contra* del desvío que buena parte de los gobiernos continentales ensayaron a lo largo de la década pasada; de tal manera que estamos experimentando un nuevo avance del neoliberalismo, pero en una fase superior de mutación: la que *reacciona* sobre los únicos ensayos epocales más o menos coherentes (los que tuvieron lugar en América Latina) de resistencia a algunos aspectos de sus imperativos sistémicos. De esta suerte, la “*Proposta de Emenda à Constituição 241*” pone en juego una lectura de lo que hubo de desvío en el llamado “lulismo”, identificando su nudo sensible y dirigiéndose de modo directo contra las políticas sociales orientadas a la inclusión (que arrojaron el conocido número que los defensores del PT suelen repetir: más de cuarenta millones de brasileños salieron de la pobreza), políticas ahora recodificadas como “gasto” a secas. Entonces, cada ruptura institucional elige y, en algún momento confiesa, cuál es su blanco privilegiado. Según Caetano Veloso, por ejemplo, el hilo más significativo –o de mayor fuerza reveladora– del golpe de 1964 es el que lo muestra como una reacción

¹ La primera versión de este artículo fue publicada con el título “Brasil: un golpe anunciado” en la revista *El Ojo Mocho* N° 6, Buenos Aires, Verano 2016-2017, pp. 75-81. Asimismo, fue publicado en italiano (“Il golpe in Brasile visto dall’Argentina”) por la revista digital *Connessioni precarie*. Disponible en: <http://www.connessioniprecarie.org/2017/02/14/il-golpe-in-brasile-visto-dallargentina/>

contra la alfabetización popular promovida por Paulo Freire (“La derecha y las reacciones inconscientes que la estructura social brasileña cultiva desde la época colonial respondieron con el golpe militar a esa combinación de amenaza de alfabetización acelerada y concientización política de las tradicionalmente marginadas clases pobres brasileñas”, dice en su libro *Verdad Tropical*). De modo que podríamos pensar que en la proximidad y la distancia entre aquella respuesta (militar) a la tentativa de comprometer a la sociedad brasileña con una revolución de las conciencias (una “reforma intelectual y moral”, para decirlo con Gramsci), y esta respuesta (parlamentario-judicial-mediática) contra el gasto, la inversión y los subsidios movilizados por un modelo de “inclusión por el consumo” se cifra cierto sentido histórico de lo que hoy se vive en Brasil.

Lo cierto es que los sucesos brasileños tienen un amplio impacto en cuanto a la redefinición de las circunstancias continentales. El avance de las izquierdas en América Latina a lo largo de la primera década y media del siglo tuvo como condición posibilitadora el hecho de que en contrapunto y alianza con la *radicalidad* chavista que se expandía desde el norte del subcontinente actuara, desde el sur, la *moderación* lulista. En aquellos primeros años, recordemos, mientras que Chávez aparecía en la prensa internacional como la encarnación del demonio populista, Lula era festejado de manera casi unánime, como el representante eminente de la “madurez democrática” de un país cuya plataforma institucional jerarquizaba la negociación y el acuerdo, y cuya cultura profunda, reacia al conflicto, permitía que un antiguo líder sindical pudiera transformarse, contra toda idea anacrónica de lucha de clases, en el presidente de la conciliación de intereses y la armonización de las diferencias sociales (era eso lo que señalaba el parcialmente irónico eslogan surgido de la campaña de 2002, “Lulinha paz y amor”). Y si ambas tendencias, combinadas y articuladas, funcionaron como un gran “paraguas” que de cierta forma sirvió de resguardo y respaldo a lo que hubo de experimentación o rebeldía contra-neoliberal en los países más chicos y de menor peso geopolítico del subcontinente, hoy presenciamos las dificultades cada vez más dramáticas que atraviesa Venezuela y el giro político en Brasil también como un nuevo marco continental.

¿Quién hubiera anticipado, en 2009, cuando militantes y autoconvocados protestaban frente a la embajada de Honduras en Buenos Aires por el golpe (también “de nuevo tipo”) que había expulsado a M. Zelaya de la presidencia, que algo similar

podría ocurrir en Brasil? Y unos años más tarde, en 2012, cuando F. Lugo fue sometido a un juicio político impulsado por el parlamento de Paraguay que logró destituirlo en tiempo récord, ¿quién hubiera imaginado que una maniobra institucional semejante podría llegar a ser posible en la mayor democracia de América Latina? Al hecho de que en Brasil aquellos episodios no provocaron la alerta pública que su gravedad merecía, debe sumarse las posiciones que fue adoptando el PSDB: anticipando sus movimientos futuros, el “partido de la socialdemocracia” (que había reunido a universitarios exiliados en el Chile allendista, como F. H. Cardoso y J. Serra) se pronunció –a contramano de las instituciones regionales y de la mayoría de los partidos latinoamericanos– legitimando el golpe contra Lugo. Seguramente, el mote de “exprés” que recibió la destitución paraguaya enseñó a los impulsores del *impeachment* brasileño que cierta relación protocolar con el tiempo era necesaria para regular los aspectos más ostentosos de un proceso que se fue decidiendo entre bastidores, y que constituyó, como se dijo, un “golpe en cámara lenta” que se extendió a lo largo de meses. Dando cuenta no sólo de la fabricación jurídico-política de un tiempo procedimental capaz de destruir toda idea real de justicia, sino también de la astucia de una triangulación entre los pasos dados por los fiscales de la operación *Lava Jato*, la agitación mediática de la indignación de las clases medias urbanas y los ajustes del pacto de la derecha política, empresarial y religiosa (cuya plataforma fue el acuerdo y la acción parlamentaria conjunta del PSDB y el PMDB –a través de sus máximas figuras políticas: el entonces vicepresidente de Dilma, M. Temer, y los presidentes de las dos cámaras del congreso: E. Cunha y R. Calheiros). En virtud de ese “manejo de los tiempos”, la capacidad de resistencia de la cada vez más mermada base de apoyo al gobierno de Dilma fue siendo medida y auscultada (y reprimida), hasta que finalmente la destitución –que había empezado a gestionarse parlamentariamente en el mes de marzo– se consumó el 31 de agosto, cuando ya se había arribado a la conclusión de que no habría una rebelión lo suficientemente masiva y popular como para modificar el rumbo impreso a los acontecimientos.

II.

Existe una permanente correlación y a la vez un notable desacople entre la sucesión de eventos que jalonan la historia brasileña y la argentina. Un paralelismo que explica cierta simultaneidad en cuanto a los trazos gruesos de las respectivas experiencias nacionales, y a la vez, un desajuste que vuelve irreconocible y distante lo que no deja de ser próximo. Algo que sin dudas compete al famoso problema de la

traducción, y que en el caso de Brasil suma la excepcionalidad de la lengua portuguesa, que lo transforma en una enorme isla en Latinoamérica. Una situación que favorece dos juegos opuestos: el que permite, por un lado, la acumulación de ilusiones respecto a la inmediata traducibilidad de nuestra “hermandad” lingüística, histórica y cultural; y el que, por otro lado, redundante en un fatal hermetismo, sostenido por el implícito de que argentinos y brasileños sólo comparten una definitiva “extranjería”, de que nada de lo sucede aquí y allí se relaciona. Tanto la familiaridad impostada como la absoluta indiferencia remiten a esas temporalidades paralelas y a la vez desencontradas; y cuando el espacio de ese desacople es abandonado por la natural dificultad para fluidificar los intercambios genuinos (culturales y políticos), acaba siendo el territorio de una serie de “mediaciones”, entre las cuales, la más nociva y expropiatoria es, ciertamente, la que realizan los grandes medios de comunicación.

Si el desencuentro no es una novedad, lo que tal vez sí constituya un diferencial de época es el protagonismo dramático que fue adquiriendo la cuestión mediática, cuando las escaramuzas entre los gobiernos y las empresas de comunicación nacionales y transnacionales en países como Venezuela y Ecuador, pero sobre todo, la tentativa antimonopólica argentina que se expresó en la lucha en torno a la Ley de Medios, hicieron que en Brasil se encendiera la alarma que indicaba “peligro”. Lo que ya se configuraba como una gran fuerza de desinformación estratégica (expresada en diarios como la *Folha de São Paulo*, homologable a la versión impresa de Clarín, o el conservador *Estado de São Paulo*, más parecido a La Nación, y en el multimedios *Globo*) –en un contexto comunicacional, además, distinto al argentino, en la medida en que no se dio en Brasil una tradición fuerte de periodismo alternativo y crítico–, pudo dejar finalmente de lado cualquier decoro. Desde el comienzo mismo de su primer mandato, en 2011, Dilma fue fuertemente condicionada y públicamente advertida de que no sería admitida ninguna “injerencia” en la libertad de empresa de los medios concentrados. Y no sólo aceptó esa imposición (algo amargamente reconocido por quienes la defendieron en medio de la debacle), sino que se pueden reconstruir los frenéticos cambios ministeriales de su primer gobierno como respuesta a las “tapas” desde las cuales la *Folha* bajaba sucesivamente el pulgar a los miembros del primer gabinete (la “pesada herencia” de Lula, se decía). Una procesión de ministros que hasta el final no se detuvo, y que revelaba, en todo caso, la precariedad de la alianza gobernante (entre una izquierda y una derecha históricas), que acabaría por estallar con

el pasaje del PMDB a la oposición, y el bloqueo de las iniciativas democráticas, en un contexto en que los efectos de la crisis internacional de 2008 ya llegaban a América Latina.

Decíamos que el espacio de un extrañamiento recíproco entre Brasil y el resto del subcontinente se encuentra “trabajado” por una efectiva máquina simbolizadora que los grandes medios tendencialmente dominan (¿desde cuándo? ¿desde siempre? ¿desde las dictaduras? ¿desde la transnacionalización neoliberal de los grupos comunicacionales?). Pero del mismo modo en que habría que escapar de las comparaciones superficiales y estereotipadas que surgen al tratar de registrar las diferencias entre las respectivas dictaduras (“la dictadura brasileña fue menos brutal que la argentina”; “la dictadura brasileña fue desarrollista, la argentina, neoliberal”; “en Brasil hay una verdadera ‘burguesía nacional’, por eso el neoliberalismo de la pos-dictadura no fue salvajemente privatizador”, etc.), deberían evitarse comparaciones similares en relación al papel histórico de los medios (“los medios en Brasil no están sucios de sangre, como sí lo están en Argentina”; “los diarios en Brasil no tienen tanto peso como en Argentina, porque el pueblo brasileño es menos lector”; “el poder de la TV en Brasil pasa sobre todo por el fútbol y las novelas”, etc.). Lo que la coyuntura actual muestra es la continuidad de una violencia clasista y racista que atravesó la fase dictatorial, y en función de la cual puede decirse que cierta naturalización de la violencia policial y de las constantes e incontables o incontadas muertes sociales (de pobres, negros, indios, campesinos, mujeres), es decir, de muertes que no son directamente políticas, constituye un real triunfo de la dictadura que se transformó en “democracia” en virtud esos pactos y negociaciones que la politología dominante suele admirar. Pero la coyuntura actual también muestra que la continuidad de esa violencia, que se sobrepuso a las intenciones democratizadoras del PT, requirió y dependió de un compromiso activo, nunca distendido, con la desigualdad y la segregación social por parte de los sectores que hoy controlan tanto el congreso brasileño (cuya mayoría está compuesta no sólo por “coimeros y transeros” y políticos de una clásica mediocridad conservadora, sino por un considerable número de neofascistas cuasi caricaturales) como ciertos resortes culturales y sociales fundamentales, a través de la omnipresencia del discurso de la corrupción en la TV y los diarios, de una legitimación ideológica de la “justicia independiente” y de la activación de una micro-política de derecha que se moviliza a través de las redes sociales y ha finalmente aprendido a saborear las

manifestaciones multitudinarias. Lo que la izquierda brasileña ha bautizado como la bancada “BBB” (*Biblia-Bala-Boi*) es el numeroso grupo parlamentario formado por diputados y senadores corporativamente asociados a las distintas iglesias evangélicas, a los sectores militares y policiales que defienden un recrudecimiento del punitivismo (y que reaccionaron fuertemente contra la Comisión de la Verdad creada por Rousseff), y a los intereses del agronegocio. Un sector político que efectivamente representa una gran concentración de poder social, y que de un modo delirante señaló a los “rojos comunistas” del PT (en un anacrónico formato discursivo que parece copiado de viejos panfletos de la guerra fría) como el enemigo que estaba conduciendo al Brasil a la desintegración a partir de la destrucción de los valores de la familia, el orden y la libre empresa.

III.

El 5 de junio de 2013, el pastor Silas Malafaia de la Iglesia pentecostal Asamblea de Dios se dirige a más de 50.000 personas reunidas en la enorme plaza llamada Explanada de los Ministerios, en el corazón político de Brasilia. Grita desaforadamente, pronunciando un discurso desafiante y guerrero; tiene el manejo escénico de quien ya está acostumbrado a las arengas públicas, y se entrenó durante años como presentador de un programa de TV (“Victoria en Cristo”), que desde 2008 ocupa la madrugada completa, los siete días de la semana, en el canal *Band*. Con ira impostada, repite una y otra vez que “Brasil es un Estado democrático de derecho”, donde “todo el mundo puede ser criticado”; pero quien osa criticar las prácticas homosexuales (este es el núcleo dramático de su arenga), pasa a ser llamado “homofóbico”. “Quería avisarle al activismo gay –continúa Malafaia– que es la constitución de Brasil la que me ampara: yo critico lo que quiero, y nadie va a callarme” (...) “Señores de los medios: nosotros que somos llamados fundamentalistas, queremos una prensa que sea libre hasta para hablar mal de nosotros. Pero escucho a esos ‘izquierdópatas’ que quieren el control de los medios para controlar el contenido. Se piensan que Brasil es Nicaragua, Venezuela, Bolivia, Ecuador, Argentina... ¡No! ¡Acá la prensa es libre, siempre será libre! Esos ‘izquierdópatas’ quieren un nuevo marco regulatorio para controlar los medios y para controlar el Estado y la sociedad: y quieren meterse con nosotros, con nuestra voz. Pero nosotros no vamos a callarnos, nadie va a callar nuestra voz. Para callar nuestra voz van a tener que romper la constitución de Brasil.”

Lo que tiene de interesante este discurso (el cual –vale la pena insistir– se profiere en la plaza pública y no al interior de un templo; y no en una plaza cualquiera, sino en la que funge como “foro”) es que presenta la imagen de un Brasil asediado: Brasil (esa gran isla que Brasil quiere ser) está en peligro por la plaga chavista que viene bajando por Sudamérica, y está golpeando ya a sus puertas: ahí al lado, en Argentina, donde gobierna otra mujer (“amiga” de Dilma) se aprobaron ya esas leyes demoníacas: la ley de medios y el matrimonio igualitario; pero además, los militares represores no pueden descansar tranquilos, porque se los juzga y se los condena (y esa amenaza está latente en la Comisión de la Verdad que, aunque no lo confiesa, abre la posibilidad de que los crímenes pasen de ser conocidos a ser juzgados). En relación a esto, pueden hilarse algunas reflexiones orientadas por cierto “impresionismo” – presente cada vez que intentamos ejercitar una traducción de experiencias. La prevención contra el “populismo” latinoamericano permea a la cultura política brasileña, hasta en sus expresiones de izquierda; el tono general de la izquierda brasileña (al menos de la izquierda de São Paulo, directamente ligada a la historia del PT) tiende a ser más “liberal” que nacional-popular, y ello probablemente debido a que el varguismo no fue mayoritariamente resignificado como experiencia popular democrática, y quedó encapsulado dentro del mote que califica al primer gobierno de Getúlio Vargas como “dictadura”. El nombre de Vargas remite entonces de manera casi unánime a la “dictadura Vargas”, y ninguna tentativa de reivindicación histórica de los aspectos “progresistas” del varguismo (como la de Brizola, que llegó a ser muy potente en Rio²) sobrevivió a las reconfiguraciones ideológicas de las últimas décadas (de modo tal que también se entiende que la izquierda brasileña haya tendido a considerar al peronismo según la manera en que se lo hace en Europa: como una versión latinoamericana del fascismo). En relación a Chávez, caben las mismas apreciaciones: nada parecido a la extendida simpatía por la “revolución bolivariana” que se despertó a comienzos de este siglo en Argentina tuvo lugar en Brasil. Y lo mismo puede decirse en relación a Cuba. El hecho de que la *Folha de São Paulo* tuviera una política de “edición” (ni siquiera estamos hablando de una política *editorial*) que hacía anteceder las apariciones del nombre “Fidel Castro”, en cualquier contexto, por el adjetivo “dictador”, era algo que un lector argentino podía reconocer como una peculiaridad y

² Son amigos cariocas, en todo caso, los que hoy socarronamente llaman la atención sobre el anti-populismo militante de la gran urbe paulista: en tamaña ciudad, no existe espacio (ni posible ni real) para que al menos una avenida se llame “Getúlio Vargas”.

una anomalía; pero ese “dictador Castro” se deslizaba fluidamente en la lectura de los brasileños, como algo que “no se veía”. Y menos se veía en aquellos tiempos en que el partido de Lula ganaba por primera vez las elecciones: lejos estaba ese país que festejaba de registrar en la amable *Folha* –que publicaba entrevistas en doble página a los intelectuales de izquierda de la USP– algún sesgo peculiarmente preocupante. Pues bien: la manera en que la experiencia kirchnerista fue presentada en los medios de comunicación brasileños no deja margen de duda acerca de la importancia que tiene para la incomunicación de los pueblos esa “libertad” de los medios monopólicos –que el pastor Malafaia, en 2013, promete y asegura que Brasil no permitirá alterar. Mientras que frente al PT en el gobierno se llevaba adelante un trabajo fino que, alternando “ataques” y “caricias”, demonizaba selectivamente a ciertos personajes y preservaba a otros, el kirchnerismo, particularmente la figura y el gobierno de Cristina Kirchner, fue “traducido” con una vulgaridad y una saña que –me animo a decir– sirvió para preparar y ensayar lo que unos años después se dirigiría con toda la fuerza a su verdadero objetivo: el gobierno y la figura de Dilma Rousseff, pero también, la trayectoria completa de Lula y toda la historia del Partido de los Trabajadores.

El discurso de Malafaia es un discurso explícitamente teológico-político, que recorre (desde la perspectiva de una “minoría intensa”) buena parte de los temas que sacudieron la escena política brasileña desde entonces hasta hoy, interpelando a los medios y a los miembros del congreso, desafiando al “activismo gay” y a la izquierda, pero también al STF (*Supremo Tribunal Federal*): “En Brasil se está confundiendo la libertad con el libertinaje. Esto se va a convertir en una anarquía”. “Hay un candidato al Supremo Tribunal que defiende el aborto; y sospecho que va a ser colocado allí para liberar bandidos de la cárcel”. “Quiero avisarle al STF y a las autoridades: ¡el pueblo brasileño quiere ver a toda esa banda del *mensalão* en la cárcel! Quiero dales un aviso a los diputados: señores, si ustedes pretenden quitarle poder al Ministerio Público Fiscal, se van a dar un tiro en la cabeza. Van a quedar sometidos al ejecutivo. Nosotros no queremos un poder judicial sirviente de nadie. Los *mensaleros* en el Congreso querían poner de rodillas al STF. ¡No! Queremos un STF fuerte, independiente, y guardián de la Constitución!”. Luego de revelar una noticia auspiciosa –“esta mañana, por presión nuestra, fue aprobado en comisión el *derecho del niño por nacer*”– y de dejar claro que el mismísimo Eduardo Cunha (impulsor fundamental de la operación *impeachment*) se lo acababa de comunicar por celular (“está aprobado, Pastor”), Malafaia realiza un

balance de sus fuerzas actuales, y una declaración de intenciones: “Escuchen lo que les digo sobre esta manifestación: sólo las ‘directas ya’ colocaron más gente en la calle un día de semana en Brasilia. Ningún movimiento social colocó a más de 50.000 en un día semana”. “Esto que estamos haciendo es un pequeño ensayo de ejercicio de nuestra ciudadanía”. “¡Volveremos a Brasilia, y seremos más!”. Y “vamos a influenciar a esta nación”, porque “¡el pueblo de Dios, unido, jamás será vencido!”³.

Además del éxito de la destitución impulsada en el congreso por el correligionario de Malafaia (o del “detalle” de que la totalidad del gabinete de Temer, al asumir el ejecutivo nacional, se compuso con adherentes a iglesias evangélicas), cabe recordar otro hecho que muestra que aquellas palabras que se escuchaban en junio de 2013 no expresaban el desatino de una imaginación tomada por ímpetus fundamentalistas, sino una línea política asociada a una voluntad de poder y a una efectiva acumulación de fuerzas: el 30 de octubre de 2016, el pastor de la Iglesia Universal del Reino de Dios, Marcelo Crivella (sobrino de Edir Macedo, fundador de esa poderosísima iglesia, con cada vez más “sucursales” en América Latina), ganó las elecciones para la intendencia de Rio de Janeiro.

IV.

El 6 de junio de 2013 ocurrió la primera de una serie de manifestaciones (que hoy se recuerdan como las *jornadas de junio*), impulsada por el movimiento *Passe Livre* en São Paulo, en protesta por el aumento del pasaje del transporte público. Esa manifestación se replicó a los pocos días, y se extendió por todas las grandes ciudades brasileñas, reuniendo a millones de personas. Las protestas en las calles brasileñas comenzaron como expresión de la insatisfacción de juventudes de izquierda con las condiciones de vida (el transporte, la educación, la salud) en las ciudades y en sus periferias pobres, como expresión de un deseo de ampliación de la democracia; señalando la contradicción entre la existencia palpable de esos problemas sociales

³ El discurso termina con una oración por Brasil: “Amamos a nuestra patria, amamos al pueblo brasileño, queremos ver a esta nación crecer y desarrollarse. Satanás no va a destruir Brasil, Satanás no va a destruir los valores de la familia, Satanás no va a destruir la vida. Señor Jesús, mi Dios, libra al Brasil del caos, de la desgracia social, bendice al presidente de la república, a los gobernadores, intendentes, diputados, concejales, senadores, ministros, al poder judicial, al legislativo y al ejecutivo; libra al Brasil de la desgracia social, protege a las familias. Libra al Brasil de las leyes que quieran perjudicar al pueblo. Levanta a tu iglesia unida con poder y autoridad para hacer la diferencia. Concordamos: el Brasil es del señor Jesús.” El discurso completo está disponible en youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=5U3c2y1hXZs>

irresueltos, y la orientación de inversiones y fondos públicos a la organización de los megaeventos deportivos (mundial de fútbol, olimpiadas) que iban a tener a Brasil como sede –“queremos una educación modelo FIFA”, era una de las consignas. Pero el ciclo de manifestaciones multitudinarias fue, de a poco, transformando su composición, su estilo y su contenido, llegando a convertirse en manifestaciones de clases medias urbanas “indignadas” por la corrupción. La transformación del “tono mayoritario” de las protestas acaso pueda ser indicado a través de un contraste como el siguiente: el 17 de julio de 2013, quienes se manifiestan masivamente en la Av. Paulista son los médicos, que reclaman contra el programa “Mais Médicos” lanzado el 7/7/2013 por el gobierno de Rousseff, respondiendo a las demandas relativas a la salud pública que se habían escuchado en las jornadas de junio. La “importación” de médicos cubanos que trabajarían con medicina social en las regiones más necesitadas del país suscitó la indignación de ese sector, corporativo y elitista, compuesto por profesionales muy bien pagos, en cuyas consignas comenzaron a resonar palabras asociadas a un “anti-comunismo” genérico, que más adelante impregnaría las manifestaciones contra el gobierno petista. Del movimiento *Passe Livre* al movimiento *Brasil Livre* (que hasta en el nombre buscó mimetizarse con su antecedente contestatario): cada vez más se fueron escuchando masivamente reproducidos todos los temas ideológicos del anti-populismo global; y una lógica de retroalimentación virtuosa articuló la cobertura mediática, la operación en las redes sociales, y la comprensión por parte de la derecha política de que esa novedad (la presencia constante en las calles de multitudes gritando “fuera Dilma!”) constituía una nueva base y una fuerza sobre la cual apoyar el viraje hacia una profundización neoliberal que el rumbo del mundo reclamaba.

Una parte del “autonomismo” brasileño quiso ver en “junio de 2013” una especie de reedición del 2001 argentino –colocado en cadena, asimismo, con la “primavera árabe”, el “15-M” español, la “plaza Taksim” en Turquía, etc.–, interpretándose el conjunto de esos fenómenos como genuina expresión de la rebeldía social y la potencia democrática de la multitud, que impugnaba a través de esos estallidos de indignación a la “política”, finalmente “escrachada” a los ojos del conjunto de la sociedad en su corrupción esencial. Sin embargo, nuevamente lo que “hace ruido” en esa interpretación es, precisamente, lo que en el perpetuo paralelismo y desfasaje entre las experiencias argentinas y brasileñas se presenta como un desafío a la imaginación. Porque en este caso, efectivamente, parece más apropiado decir que lo que

sucede en Brasil a partir de junio de 2013 (es decir, no sólo en ese mes –donde hemos resaltado la primacía de las demandas democráticas–, sino en el *ciclo total* de las manifestaciones, que llega hasta aquellas que pueden considerarse “destituyentes” – “Fora Dilma”– y que incluyen no pocas voces pidiendo un golpe militar) se parece más bien a una mezcla de (algunos) aspectos de nuestro 2001 con (muchos más) aspectos que hacen evocar la movilización de un nuevo activismo de derechas a partir de la crisis del campo de 2008. El 2008 argentino, en efecto, muestra el momento corporativo de una insatisfacción con las políticas de redistribución del ingreso (“momento corporativo” de la insatisfacción que en Brasil, como dijimos, tiene una explícita expresión parlamentaria), que va mutando en un difuso y genérico rechazo “de clase” al gobierno (en nombre de la moral anti-corrupción, de la “libertad”, de la propiedad), y que se expresa sobre todo en los cacerolazos y manifestaciones contra Cristina Kirchner a partir de 2012. En todo caso, es cierto que en Brasil no hubo un 2001, y que la transición del neoliberalismo explícito de los 90 al neodesarrollismo redistributivo del lulismo se hizo de modo “no traumático”, a través de elecciones ganadas en toda regla por el PT (lo cual probablemente también se deba a una diferencia entre los gobiernos de F.H. Cardoso y de Menem, que podría homologarse a la diferencia que señalamos entre las respectivas dictaduras: la radicalidad de las políticas neoliberales del menemismo contrasta con la relativa mesura o visión estratégica, si se quiere, de su correlato brasileño). No obstante, los efectos acumulados de una crisis de la representación política y de sus instituciones –que la excepcionalidad de Lula logró posponer– acabó finalmente estallando. Del peor modo. A través de esos tortuosos caminos que lo jurídico-político (la judicialización de la política, la politización de lo jurídico) habilita: a través de un golpe institucional, donde se invoca una y otra vez, divergentemente, la palabra “constitución”. Así como el Pastor Malafaia amparaba su discurso en el “estado de derecho” que lo autorizaba, encomendándose a la Constitución, la derecha sostiene que la destitución es “constitucional” (es decir: que no es un golpe). Y algunos sectores que fueron próximos al PT, y que acertadamente denunciaron la última gran claudicación de Dilma (ganó las elecciones de 2014 con un discurso anti-neoliberal, y nombró al asumir a Levy, un neoliberal ortodoxo, en el ministerio de economía), acompañaron tristemente esa idea: ya no en virtud de la discusión sobre la legalidad o no del procedimiento, sino por considerar que no hay

ninguna razón que justifique la defensa de la continuidad de lo que ya no se sostiene en un apoyo popular activo en la calle⁴.

La Constitución del 88, en todo caso, funciona como síntoma. A ella se remite desde algunas perspectivas cercanas al PT, resaltando que allí encuentra su marco institucional una acumulación histórica de luchas por derechos (siendo ese sentido histórico el que estaría siendo violentado por el proceso actual). Desde otra perspectiva, sin embargo, se señala que ese enfoque desatiende la continuidad institucional sustantiva que conecta el *Estado Novo* de Vargas, los veinte años de la dictadura militar, y la *Nova República* (que en virtud de esa *no ruptura* que pasa a enfatizarse, merecería el nombre de “pos-dictadura”). La Constitución del 88 respeta las cláusulas pétreas, no negociables de esa pos-dictadura, e incluso un “golpe parlamentario” o “constitucional” puede remitir a ella como su respaldo. Las reformas *reales* (agraria, política, tributaria, etc.) que el avance de la politización popular entre 1961 y 1963 instalaba como horizonte fueron bloqueadas por el golpe del 64; y el PT triunfante en el 2002 no supo o no quiso dar cauce a una efectiva voluntad de transformación, removiendo los obstáculos estructuralmente consagrados para la democratización social y política.

Las dificultades, contradicciones y dilemas implicadas por la llegada del PT al poder ejecutivo (que se enmarca en las posibilidades y límites que se evocan al decir “constitución del 88”) sin dudas remite a una de las series de heterogéneas razones que deben explicar el agotamiento de esa fuerza democratizadora que en Brasil, desde los años 80, se había asociado con ese nombre, Partido de los Trabajadores, que reenviaba directamente a los movimientos sociales y sindicales que constituían su base y a diversas memorias de lucha de las izquierdas. Las limitaciones de la experiencia

⁴ Es interesante señalar, en relación a esto, que una parte de ese nuevo anti-petismo –aquel proveniente de ciertas izquierdas autonomistas– había elegido en las elecciones de 2014 la “tercera opción” representada por la candidata Marina Silva. Así como aquí un sector de aliados del kirchnerismo se volcó hacia la “alternativa” (con sesgo manodurista) de Massa, en Brasil ese lugar estructural de una tercera posición (con sesgo ecologista) se construyó en torno a la ex ministra de medio ambiente de Lula; igualmente, con una importante intervención de los grupos mediáticos, y las oportunas y efectivas divulgaciones de mediciones por encuestas –que en Brasil monopolizan Ibope y Data-Folha (¿podría pensarse en Argentina un “Data-Clarín” como la principal y virtualmente única encuestadora nacional?). Si bien Marina, en lo personal, debe ser ubicada a la izquierda de Massa, no sólo el entramado de intereses en torno a ella la hacían una candidata similarmente turbia, sino que además, de modo explícito, tuvo que aludir en campaña al “peligro de la chavización” de Brasil y, en su carácter de evangélica, hacer un gesto público de sumisión ante el Pastor Malafaia (que también dirigió hacia ella sus advertencias sobre la inconveniencia de ceder a cualquier tentación anti-doctrinaria en nombre de la diversidad, ostentando su capacidad de influenciar el voto de los millones de evangélicos brasileños). Finalmente, en el *ballotage* que enfrentaba a Roussef y a Aécio Neves del PSDB, Marina Silva definió su apoyo por el segundo.

gubernamental del PT no pueden entonces dissociarse de la configuración de un sistema político cuya propia razón de ser se confunde y llega a identificarse con el bloqueo de toda posibilidad o línea de acción que quiera ser transformadora (algo que evoca más el andamiaje político-institucional chileno que el nuestro). Y tampoco pueden dissociarse, es claro, de la promiscua intimidad entre la clase política tradicional y la clase empresarial (que en su conjunto, y al igual que aquí, se cuenta como “ganadora” tras una decena de años de orientación económica neodesarrollista). Sin embargo, por más de que sin “reforma política” no habrá, probablemente, ninguna otra chance histórica para la representación política de los intereses populares, los horizontes que se diseñan se alejan de una discusión sobre el “espíritu profundo” de la Constitución del 88 –que, ciertamente, no es la prioridad del parlamento, que se apura a aprobar la enmienda que “inconstitucionalizará” por veinte años todo aumento de la inversión en educación, salud y programas sociales; ni del juez Moro y los miembros del Ministerio Público Fiscal, dispuestos a terminar con cualquier legitimidad moral de los *vermelhos*; ni de la Policía Federal que, junto a los fiscales, actúa con las manos libres para “investigar la corrupción” y para hacer sus grandes escenas de “traslados compulsivos” (antes del de Lula, en marzo de este año, pueden recordarse los “anticipatorios” de Zé Dirceu y Genoíno); ni de las policías militares y estatales, liberadas también para descargar toda la fuerza de la ley del orden (que no hace falta que esté escrita) no sólo sobre los moradores de las favelas y los barrios populares, como siempre lo hicieron, sino también sobre los estudiantes secundarios, los universitarios, los movimientos sociales y todo aquel que se manifieste contra el gobierno de Temer y el giro drástico que está llevando adelante (en este momento, precisamente, están siendo violentamente reprimidas las manifestaciones contra la aprobación –que ya parece ser un hecho– del PEC 241).

Por la vía “golpista”, o por la vía “democrática”, Brasil y Argentina otra vez se encuentran y se reconocen, hermanados en un mismo proceso. Y de cierta manera, lo sabíamos: estamos condenados a andar juntos, ellos y nosotros, nosotros y ellos. ¿No parece claro, acaso, que si Macri no ganaba aquí, la posibilidad de un golpe allí no podía ser más que una virtualidad irrealizable? ¿No resulta probable, acaso, que si el Frente para la Victoria ganaba, algo de lo que hoy pasa en Brasil podría haberse “repetido” aquí, bajo algún otro formato de “pesadilla hecha realidad”? El inabarcable y querido Brasil se está transformando en un enorme Estado Represivo, reaccionando

contra ciertas fibras que hacen a la libertad y a la creatividad de su pueblo (y a eso apunta, en definitiva, cualquier golpe, en la medida en que sea caracterizable como una restauración conservadora). El retroceso es inconmesurable. Escapa a nuestro vano esfuerzo de mencionarlo a través de estas precarias y desordenadas palabras.